

aquella sazón cuando lo vió venir contra sí mucho mas, aquellas señoras fueron muy espantadas de lo ver, especialmente Oriana, que le vino á la memoria de cuando por fuerza la llevaba, é la quitó de sus manos Amadís, á él é á otros cuatro caballeros, como lo cuenta el primero libro desta historia. E cuando llegaron él dejó de leer, é levantóse en pié, é vió á su mujer, mas no dijo nada. Amadís le dijo: «Arcalaus, ¿conoces esta dueña? — Sí conozco, dijo él. — ¿Has habido placer con su venida? — Si es por mi bien, dijo él, tú lo puedes juzgar; pero si otro fruto no trae mas del que pareciera al contrario; que, como yo esté en mi voluntad determinado de sufrir todo el mal que venir me puede, é ya mi corazón tenga á ello sojuzgado, si no fuese que su vista me pusiese esperanza de algun descanso, es causa para mí de mayor dolor.» Amadís le dijo: «Si con su venida eres libre desta prisión, ¿gradécérmelo has, é conocer lo has para adelante? — Si de tu propia voluntad, dijo él, enviaste por ella para hacer lo que dices, siempre lo terné en mucho. Mas si ella se vino sin tu placer ni sabiduría, é si algo le has prometido, no te puedo yo dar gracias, porque las buenas obras que mas construyendo la necesidad que caridad se hacen, no son dignas de mucho mérito; é por eso te ruego mucho que me digas, si por bien lo tovieres, qué causa le movió á ella é á tí con estas dueñas de me venir á ver.» Amadís le dijo: «Yo te diré verdad de todo como ha pasado, é mucho te ruego que así me la digas en tu respuesta.» Entonces le contó cómo su mujer por engaño le había demandado un don, é cómo le había pedido que le soltase, é todo lo otro que él respondió, que no faltó ninguna cosa. Arcalaus le dijo á Amadís: «Como quiera que de mi hacienda avenga, yo te diré la verdad enteramente de lo que en la voluntad tengo, pues que la deseas saber. Si cuando en Luvaina te pedí piedad é misericordia la hoberas de mí, restituyéndome en mi libre poder, cree verdaderamente que todo el tiempo de mi vida te fuera obligado, é siempre fallaras en mi obras de verdadero amigo; mas faciéndolo agora, no lo deseando ni lo pudiendo excusar, así como con enemiga me faces esta buena obra, así con ella yo la rescibo para la tener en aquel grado que merece; que aun tú me ternías en poco y de muy flaco corazón, si por lo que te debo querer mal te diese gracias. — Gran placer he habido, dijo Amadís, de lo que has dicho, é dices verdad, que por te sacar de aquí no me debes ser en cargo ninguno; que ciertamente determinado estaba de tenerte mucho tiempo, creyendo que mas conveniente cosa era darte la pena que merecias, que no que tú la dieses á muchos que la no merecieron; pero por la promesa que á esta dueña fice yo te mandaré sacar desa prisión é ponerte en salvo. Una cosa te ruego; que aunque á mí tu voluntad ni obra no perdona, y me trates con aquella enemiga que siempre en los tiempos pasados me toviste, que perdones á los otros que te nunca mal hicieron; y esto fazlo por aquel Señor que, cuando mas sin esperanza estabas de tu deliberación, é yo de te la otorgar, tovo por bien de poner remedio á tus males; que así lo face con su sobrada misericordia con los malos despues de los haber tentado, porque con semejantes azotes é fatigas pongan fin

á las obras que contra su servicio son; é cuando han este conocimiento, dales en este mundo buena postrimería, y en el otro bienaventurado placer, que es sin fin; é si al contrario lo hacen, al contrario gelo da, ejecutando la justicia con la pena que merecen, sin les dar esperanza alguna ni remedio á sus ánimas despues que destos desaventurados cuerpos son salidas.» Arcalaus le dijo: «En lo que á tí toca conocido está que por ninguna manera te podría querer bien ni te dejar de hacer el mal que podiere. En los otros que dices, no sé lo que faré, porque, segun mi costumbre tan envejecida, é con ella haya fecho tantos males, poca esperanza me queda en aquel Señor que dices que me dará su gracia sin gelo merecer, porque sin ella no podría mi condición resistir ni contrastar una cosa tan dura é tan fuera de su querer; é puesto que bastase, no lo faria por tu consejo, porque conmigo no ganases la gloria que con todos los otros has ganado; é si alguna merced de Dios he rescebido, no es otra, salvo no te dar gracia ni te poner en corazón; que cuando yo con tanta homildad te demandé me soltases, antes quiso que fuese á pesar tuyo, é tanto contra tu voluntad, que no quedase cosa alguna en que en cargo te pudiese ser.»

Mucho fueron espantadas aquellas señoras de oír lo que Arcalaus le dijo, é mucho rogaron á Amadís que lo no soltase, porque mas erraria contra Dios en dar causa que aquel mal hombre, estando libre, libremente pudiese ejecutar sus malos deseos, que teniéndolo preso, de su promesa faltase. Amadís les dijo: «Mis señoras, así como muchas veces acaesce que con las grandes adversidades las personas son corregidas y emendadas, teniendo los ánimos muy fuertes é firmes en la esperanza é misericordia de Dios; así los que desto carecen, aquellas mismas son causa de su desesperación, por donde sin ningun remedio son dañados; é así podría acaescer á este Arcalaus si mas aquí lo toviere, conociendo que en él no cabe de ser emendado ni corregido por esta via; yo guardaré mi palabra y verdad, é lo al déjolo á aquel Señor que en un momento le puede traer á su santo servicio, como á otros muchos mas pecadores lo ha fecho.» Con esto se partieron de su fabla, é la dueña, por mandado de Amadís, fué metida en la jaula de hierro con su marido, porque le ficiere compañía aquella noche, y él con aquellas señoras se tornó á la torre de la huerta. E otro día de mañana mandó Amadís llamar á Isanjo, gobernador de la insola, é rogóle que sacase á Arcalaus é á su mujer de la prisión, y le diese un caballo é armas, é mandase á sus hijos que con diez caballeros le pusiesen en salvo donde él fuese contento é su mujer satisfecha de lo que le había demandado; lo cual así se hizo, que los hijos de Isanjo fueron con él fasta el su castillo de Valderin, que le dejaron. Y queriéndose despedir, dijoles Arcalaus: «Caballeros, decid á Amadís que á las bestias bravas é las animalias brutas suelen poner en las jaulas, que no á los tales caballeros como yo; que se guarde bien de mí, que yo espero presto vengarme dél, aunque tenga en su ayuda aquella mala puta Urganda la Desconocida.» Ellos le dijeron: «Por ese camino presto tornaréis adonde salistes.» E con esto se tornaron.

Puédese creer aquí que como esta dueña, mujer deste

Arcalaus, fué muy piadosa é muy temerosa de Dios, y de todas las cosas de muertes é cruces que su marido facia, había ella gran pesar é dolor en su corazón, excusando dellas todas las que podia, que por sus méritos alcanzó esta gracia de sacar á su marido de donde todos los del mundo no lo podieran hacer. Así que, la buena dueña é devota mujer debe ser muy preciada y en mucho tenida, porque por ella muchas veces Dios nuestro Señor permite que la hacienda, hijos é marido sean de grandes peligros guardados. Pues como ois estaban Amadís é Grasandor en la insola Firme con sus mujeres, á gran placer de sus corazones, donde á poco tiempo llegó Darioleta é su marido, é fija con su marido Bravor, que acrecentaron mucho en su alegría.

Mas agora dejará la historia de hablar dellos, é contará de lo que Balan el gigante, señor de la insola de la Torre Bermeja, fizo.

Dice la historia que á los quince dias despues que Amadís é Grasandor partieron de la insola de la Torre Bermeja, donde dejaron maltrecho al gigante Balan, qu'el Gigante se levantó de su lecho, é mandó dar á Darioleta é á su marido é á su fija muchas cosas preciadas é una fusta muy buena en que se fuesen; y envió con ellos á Bravor, su hijo, así como lo había prometido á Amadís; é luego que de allí partieron, él fizo aparejar una flota asaz grande, así de sus fustas, que muchas tenía, como de otras que había tomado á los que por allí caminaban; é guarneciola de armas é gentes é viandas cuantas haber pudo, y metióse á la mar con muy buen tiempo enderezado, é tanto andovo sin contraste alguno, que á los diez dias llegó al puerto de una villeta pequeña, que había nombre Licrea, del señorío del rey Arábigo, é allí supo cómo aquellos señores tenían cercada la gran cibdad de Arabia, y el cerco muy apretado, especialmente despues que allí llegó el rey de Sobradisa don Galaor é don Galvanes; é luego fizo que su gente saliese en tierra, é sacasen sus caballos é armas, é los ballesteros é archeros, é todos los otros aparejos de real; é dejando en la flota tal recaudo con que segura quedase, se fué derechamente á la parte donde supo que el rey don Galaor é don Galvanes tenían su aposentamiento, é como ellos sopieron su venida por sus mensajeros del Gigante, cabalgaron con gran compañía é salieron á recibirlo. El Gigante llegó con su muy buena compañía, y él, armado de muy ricas armas, encima de un muy fermoso é gran caballo; así que, pocos podiera haber que tan bien é tan apuestos como él paresciesen de su grandeza. Ellos ya sabian lo que le aviniera con Amadís, que Gandalin gelo contó como había pasado, é don Galaor puso delante á don Galvanes, que aunque en señorío no era su igual, era en mucha mas edad crecido que no él; é por esta causa, é tambien por el su gran linaje donde venia, é por las buenas maneras de su condición, siempre Amadís é sus hermanos é Agrájes le cataron mucha cortesía. El Gigante no lo conocía, que lo nunca viera, aunque sabia muy bien por menudo todo su fecho, porque Madasima, su mujer deste don Galvanes, era sobrina de Madasima, madre deste Balan, como ya se os ha contado; é como á él llegó, dijo el Gigante: «Mi buen señor, ¿sois vos don Galaor? — No, dijo él, sino don Galvanes,

que mucho os ha deseado.» Estonces el Gigante lo abrazó, é díjole: «Señor don Galvanes, segun el deudo tenemos, no hobera pasado tanto espacio de tiempo sin que me viéades, mas la enemiga que yo tenía con quien vos tan gran amistad teneis, dió causa á la tardanza dello; pero esta ya fuera va por la mano de aquel que en discreción ni esfuerzo no tiene par.» El rey don Galaor riendo y de buen talante llegó á lo abrazar, é dijo: «Mi buen amigo, señor, yo soy aquel por quien preguntais.» Balan lo miró é dijo: «Verdaderamente, buen testigo es dello ese vuestro gesto, segun se parece á aquel por quien yo vos deseaba conocer.» Entonces el Gigante porque Amadís é don Galaor se parecían mucho, tanto, que en muchas partes tenían al uno por el otro, salvo que don Galaor era algo mas alto de cuerpo, é Amadís mas espeso. Esto fecho, tomaron al rey don Galaor en medio é fuéronse á su real, é don Galvanes llevó á don Balan á su tienda en tanto que su aposentamiento se facia, donde fué servido como al uno é al otro lo requeria y debía ser.

CAPITULO L.

De cómo Agrájes é don Cuadrágante é don Bruneo de Bonamar, con otros muchos caballeros, vinieron á ver al gigante Balan, y de lo que con él pasaron.

Agrájes é don Cuadrágante é don Bruneo de Bonamar, como sopieron la venida de aquel gigante, tomaron consigo á Angriote de Estravaus, é á don Gavarto de Val Temeroso, é á Palomir, é á don Brian de Monjaste, é á otros muchos caballeros de gran prez que allí con ellos estaban, para les ayudar á ganar aquellos señoríos que habeis oído; é fueron todos al real del rey don Galaor y de don Galvanes, donde el Gigante aposentado estaba, é falláronlo en la tienda de don Galvanes, que era la mas rica é bien obrada que ningun emperador ni rey podría tener, la cual hobo con Madasima, su mujer, que le quedó de Famongomadan, su padre. En esta tienda, despues que cada año la hacia armar en una vega que delante del castillo Ferviente estaba, facia sentar en un rico estrado á su hijo Basagante, é todos sus parientes, que muchos eran, y le obedecian como á su señor por su gran fortaleza é riqueza, é sus vasallos é otras muchas gentes que sojuzgadas por fuerza de armas tenía, le besaban la mano por rey de la Gran Bretaña, é con este pensamiento envió demandar al rey Lisuarte á Oriana para la casar con aquel su hijo Basagante, é porque se la no quiso dar le facia muy cruda guerra al tiempo que Amadís los mató á entrambos, cuando les quitó á Leonoreta, hermana de Oriana, é los diez caballeros que con ella presos llevaban, como el segundo libro desta historia mas largo lo cuenta. Pues al tiempo que estos caballeros llegaron, el Gigante estaba desarmado é cobierto de una capa de seda jaldada, con unas rosas de oro bien puestas por ella; é como él era grande y fermoso y en edad floreciente, parecióles á todos muy bien, é mucho mas despues que le fablaron; porque, segun ellos conocian la condición tan fuerte de los gigantes, é como á natura eran todos muy desabridos é soberbios, sin se sojuzgar á ninguna razon, no pensaban que ninguno dellos podría ser todo esto tanto al contrario como este Balan

lo tenía, é por esta causa lo preciaron mucho mas que por su gran valentía, aunque muchos dellos sabian grandes cosas que en armas habia fecho, teniendo que el grande esfuerzo sin buena condicion é discrecion muchas veces es aborrecido.

Pues estando todos juntos en aquella gran tienda, el Gigante los miraba, é parecíale tan bien, que no podiera creer que en ninguna parte podiera haber tantos é tan buenos caballeros; é como los vió sosegados, díjoles: «Si por yo venir tan sin sospecha en vuestra ayuda, dello os maravilládes, como cosa de que muy poca esperanza ni cuidado teniades, así lo fago yo; porque ciertamente no podiera creer que por ninguna guisa podiera venir causa que estorbar podiera de no ser como mortal enemigo en vuestro estorbo fasta la muerte. Pero, como la ejecución de los pensamientos sea mas en la mano de Dios que en la de aquellos que con gran rigor los querian obrar, entre muchas fuertes y ásperas batallas que á mi honra pasé, me sobrevino una, de la cual costreñido al comienzo, en la fin della, por mi propia voluntad, fué mi propósito mudado en tener por honra lo que todos los dias de mi vida por deshonor tener pensaba fasta haber la venganza dello alcanzado; é cuando la cosa que yo en este mundo mas deseaba fué á mi voluntad cumplida, entonces se acabó é cumplió el término de mi gran saña é rigor, no por el camino que yo atendia, mas por aquel que á la mi contraria fortuna mas le plogo. Ya habréis sabido cómo yo soy hijo de aquel valiente y esforzado gigante Madanfábul, señor de la insola de la Torre Bermeja, al cual Amadís de Gaula, llamándose Beltenebros, en la batalla que hobieron el rey Lisuarte y el rey Cildadan mató; et yo, como hijo de tan honrado padre, y que tanto á la venganza desta muerte obligado era, nunca de mi memoria se partía cómo este gran deseo fuese ejecutado, quitando la vida aquel que á mi padre la quitó; é cuando mas sin esperanza dello estoviese, la fortuna, junto con el gran esfuerzo de aquel caballero, me lo trajo á mis manos, dentro en el mi señorío, solo, sin persona que le ayudar pudiese; del cual con mucha fortaleza fuí vencido é con mayor cortesía tratado, así como aquel que lo uno é otro mas cumplido que ninguno de los que viven tiene; de lo cual redundó que aquella grande é mortal enemistad que le yo tenía se tornó en mayor grandeza de amistad y verdadero amor, que ha dado causa de venir como veis, sabiendo que en alguna necesidad de gente esta hueste estaba, creyendo que de la honra y provecho de vosotros ocurre á él la mayor parte.» Entonces les contó desde el comienzo todo lo que con Amadís le acaesciera, é la batalla que en uno hobieron, é todas las otras cosas que pasaron, que nada faltó, así como la historia vos lo ha contado; y en la fin les dijo que fasta tanto que aquella guerra se partiese él no se partiria de su compañía, y que aquello acabado, se queria ir luego á la insola Firme, como lo prometiera á Amadís. Todos aquellos señores hobieron gran placer de le oír lo que les dijo, porque como quiera que de Gandalin habian sabido cómo Amadís se combatiera con este gigante é lo venciera, no supieron la causa dello, así como lo él contó; é mucho les plogo de su venida, así por el valor de su persona como

por la grande é muy buena gente de guerra que consigo traía, lo cual habian necesario, segun lo que en las afrentas pasadas perdido habian, é gradeciéronle mucho su buena voluntad, con la obra que por amor de Amadís se les ofrecía.

CAPITULO LI.

Aquí fabla de la respuesta que dió Agrájes al gigante Balan sobre la fabla que él fizo.

Agrájes le respondió é dijo: «Mi buen señor Balan, quiero yo responderos en lo que en la enemistad de mi señor cohermano Amadís toca; pues que estos señores, é yo con ellos, vos hemos rendido las gracias á lo que por vos se nos promete; é si mi respuesta no fuere conforme á vuestra voluntad, tomalda como de caballero; que aunque en las cosas de las armas no os sea igual, por ventura por la edad que mas tengo, é las haber tratado, mas sabré, é mas complidamente que vos, lo que para cumplir con ellas se requiere. E digo que los caballeros que con justa causa las afrentas toman, y en ellas hacen su deber, é en que algo de lo que la razon les obliga mengüe, aunque en ello cumplen lo que juraron, mucho son de loar, pues que la voluntad é la obra quedaron sin deuda alguna. Pero los que el limite de la razon con fantasía salir quieren, estos tales los que mas al cabo de la honra alcanzan, mas por soberbios é por desvariados que por fuertes ni esforzados los juzgan. Muy notorio es á todos, é á vos, Señor, no debe ser oculto, la manera de la muerte de vuestro padre, que así como si la fortuna lo consintiera, dando fin á su atrevimiento en llevar al rey Lisuarte como lo llevaba, fuera su gran loor é fama hasta el cielo, así la deshonor y menoscabo de los que á este rey servian é ayudaban fuera puesta en los abismos; é por esto no os debeis maravillar que Amadís, habiendo gran envidia de la gloria que vuestro padre alcanzar esperaba, para si la quisiese, como todos los buenos lo hacen ó debrian hacer; é tal muerte como esta, considerando cada uno quererla haber hecho, é con ella pensar haber alcanzado gran prez, no debria por ninguno ser demandada, como aquellas que feamente se haciendo, muy gran parte de la honra se aventura en las perdonar. Así que, mi señor, en lo que de vuestro padre toca, y en lo que con Amadís vos avino, no se podria hallar justa causa de queja, pues que vosotros y él cumplistes muy enteramente todo lo que caballeros cumplir debian; é si algun cargo imputar se puede, es á la fortuna, que con mas favor á él que á vosotros ayudar é favorecerle plogo. Así que, mi buen amigo, tened vos por bien que, quedando entera é sin ninguna falta vuestra honra, hayais ganado aquel tan noble caballero é todos estos señores y esforzados caballeros que aqui veis, con otros muchos que ver podriades, si causa en que menesterlos hobiédeses viniere.»

Cuando esto hobo oído el gigante Balan, díjole: «Mi señor Agrájes, aunque para la satisfacion de mi voluntad ningun amonestamiento necesario era, mucho vos agradezco lo que me habeis dicho, porque aunque en este caso excusar se podiera, no es razon que para los verdaderos se excuse; y dejando de hablar mas en

esto, como cosa olvidada é pasada, será bien que entendamos en dar fin en esta afrenta con aquel esfuerzo é cuidado que deben tener aquellos que, dejando en recaudo sus tierras, quieren conquistar las ajenas.» Don Galvanes le dijo: «Buen señor, váyanse estos caballeros á sus tiendas, que es hora de cenar, y descansaréis esta noche é mañana, y en tanto serán vuestras tiendas armadas, é aposentada vuestra gente, é luego con vuestro consejo se dará la órden de lo que facer se debe.» Así se fueron aquellos señores á sus reales, y quedaron con el Gigante don Galvanes y el rey don Galaor, que con ellos aquella noche cenó en aquella grande é rica tienda que ya oistes, con gran placer; é la cena acabada, el Rey se fué á sus tiendas, y ellos quedaron, é durmieron en sus ricos lechos, y venida la mañana, el Gigante dijo á don Galvanes que queria cabalgar é dar una vuelta á la cibdad por ver en qué disposicion estaba, é por dónde mejor combatir se podria. Don Galvanes lo fizo saber al rey don Galaor, y entrambos se fueron con él, é rodearon aquella gran cibdad, la cual, así como de mucha gente era poblada, así de muy grandes torres é muros enfortalecida, que, como esta fuese cabeza de todo aquel gran reino y de las insulas de Landas, que con ellas se contenian, é la mas principal morada de los reyes, así como unos en pos de otros venian, así trabajaban de la acrecentar en mayor número de pueblo y de la enfortalecer lo mas que podian; de manera que en grandeza é fortaleza era muy señalada. Pues de que visto la hobieron, díjoles Balan: «Mis señores, ¿qué vos parece que se podria facer á tan gran cosa como esta?» Don Galaor le dijo: «No hay en el mundo mas fuerte ni mayor cosa que el corazon del hombre, é si los que dentro están esfuerzo tienen, mucho dudaria yo que por fuerza tomar se pudiese; pero como en los muchos siempre haya gran discordia, especialmente seyéndoles la fortuna contraria, é con ella les sobrevenga luego la flaqueza, no pongo duda que así como otras cosas impunables (1) por esta causa se perdieron, esta se perdiese.» Pues hablando en esto y en otras cosas, se fueron todos tres de consuno á los reales de don Cuadrágante é don Bruneo y de los otros sus compañeros; que á aquella parte que ellos iban estaban mirando por donde mejor el combate darse podria. É cuando cerca de las tiendas de donde Agrájes posaba llegaron, vino contra ellos el bueno y esforzado Enil, é dijo: «Mi señor Balan, Agrájes os ruega que veais al rey Arábigo, que yo en mi tienda preso tengo, qu'él vos quiere fablar; que como vuestra venida le dijeron, envió con mucha aficion é grande amor á rogar á Agrájes que á él diese licencia, é á vos rogasen que le viédeses.» El Gigante le dijo: «Buen caballero, contento soy de lo hacer, é podria ser que desta vista se saque mas fruto que de otras grandes afrentas, donde mayor se expresase.»

Así fueron todos fasta llegar á la tienda de Enil, y el rey don Galaor é don Galvanes se fueron á don Bruneo, y el Gigante descabalgó de su caballo, y entró en un apartamiento donde el rey Arábigo estaba, el cual de ricos tapetes é paños era guarnido, y él vestido de

(1) Por impugnables ó inexpugnables, como hoy día decimos.

nobles paños, donde, por mandado de Agrájes, como á rey le servian; pero tenía unos tan pesados é fuertes grillos, que le quitaban de dar solo un paso; é como el Gigante así lo vió, fincó los hinojos ante él é quisole besar las manos, mas el Rey las tiró á sí, é abrazóle llorando é díjole: «Mi amigo Balan, ¿qué te parece de mí? ¿Soy yo aquel gran rey que tu padre é tú muchas veces vistes ó fallasme en aquella corte acompañado de tan altos principes é caballeros é otros reyes mis amigos, como muchas veces me fallaste, esperando de conquistar y señorear muy gran parte del mundo? Por cierto antes creo yo que me juzgarás por un hombre bajo, preso, cativo, deshonorado, puesto en poder de mis enemigos, como tú bien ves; é lo que mas dolor á mi triste corazon acarrea es, que aquellos de quien yo mas remedio esperaba, así como tú é otros muy fuertes gigantes que por mis amigos tenía, los vea venir á dar fin é cabo en mi total destruicion.» Esto dicho, no pudo mas fablar, con las muchas lágrimas que le sobrevinieron. Balan le dijo: «Manifiesto es á mí, como mis ojos lo vieron, ser verdad lo que tú, buen rey Arábigo, has dicho en te ver muy acompañado é honrado con grandes aparejos y esperanza de conquistar grandes señoríos, é si agora te veo tan mudado é trocado, no creas que mi ánimo en ello sienta gran alteracion, porque aunque mi estado muy diferente en grandeza del tuyo sea, no deixo por eso de sentir los crueles é duros golpes de la fortuna, que ya sabes tú, buen rey, cómo aquel muy esforzado Amadís de Gaula á mi padre Madanfábul mató, é cuando mas la venganza yo de su muerte esperaba vengar, la mi adversa é contraria fortuna quiso que deste mismo Amadís fuese vencido é sojuzgado por fuerza de armas, soyendo en su libertad de me dar la muerte ó la vida; é porque, segun la congoja é gran tristeza tuya, en tanto grado te sojuzgan, que no te darian lugar á oír relacion tan larga como sobre ello contar te podria, bástete saber que, como vencido de aquel á quien yo tanto vencer deseaba, é matar por mis manos si ser podiera, soy aquí venido, donde con legitima causa podria pagarte con otras tantas, ó por ventura mas lágrimas que mi presencia te dieron causa de derramar. Así que, no menos que tú, yo habria menester consuelo; pero conociendo las grandes é diversas vueltas del mundo, é cómo la discrecion sea dada para seguir la razon, tomé por partido de ser amigo de aquel tan mi mortal enemigo, que mas ser no podia, pues que con justa causa, no quedando cosa alguna por flaqueza de lo que obligado era, lo pude facer. E si tú, noble rey, mi consejo tomas, así lo farás, porque muy conocido tengo te será bien que le tomes, é yo, como aquel que en el rigor é discordia te tengo de ser enemigo, podria ser que en la concordia te seré leal amigo.» E cuando esto le oyó díjole: «¿Qué concordia puedo facer perdiendo mi reino?—Contentarte, dijo el Gigante, con lo que dél buenamente sacar podieres.—¿No vale mas, dijo él, morir que verme menguado y deshonorado?—Como la muerte, dijo Balan, quite toda la esperanza, é muchas veces con la vida y largo tiempo se satisfagan los deseos, é las grandes pérdidas se remedien, mucho mejor partido es procurar la vida que desear la muerte aquellos que con mas pérdida de interese que con deshonor fa-

cerlo pueden.—Balan, mi amigo, dijo el Rey, por tu consejo quiero ser guiado, y en tu mano dejo todo lo que vieres que hacer debo; é ruégote mucho que aunque allá fuera en mis cosas enemigo te muestres en ausencia, que veyéndome en esta prision, en mi presencia como amigo me aconsejes.—Así lo faré, dijo el Gigante, sin falta.»

Etonces despidiéndose dél, é tomando consigo á Enil, se fué á la tienda de don Bruneo de Bonamar, donde falló al rey don Galaor é á Agrájes é don Galvanes é otros asaz caballeros de gran cuenta, los cuales le recibieron é tomaron entre sí con mucho placer, y él les dijo que por cuanto había fablado con el rey Arábigo algunas cosas que debían saber, que viesen si era necesario que á ello otros algunos estoviesen. Agrájes le dijo que sería bueno que don Cuadragante, é don Brian de Monjaste, é Angriote de Estravaus fuesen llamados, é así se hizo; los cuales vinieron, é con ellos otros caballeros de gran nombradía. Entonces el Gigante les dijo todo lo que con el rey Arábigo había pasado, que nada faltó, y que su parecer era, dejando aparte que á muerte ó á vida los había de seguir é ayudar, que si el rey Arábigo con alguna de aquellas insolas de Landas, la mas apartada, se contentase, é sin mas pérdidas de gentes lo restante mandase entregar, que la concordia é atajo sería bueno, especialmente quedando aun por ganar el señorío de Sansueña, que así de gentes como de fortalezas era muy áspero. Mucho le gradecieron aquellos señores al Gigante lo que les dijo, é por muy cuerdo lo tovieron, que no podían pensar ni creer que en hombre de aquel linaje tanta discrecion hobiese; é así era razon de lo pensar, porque la su grande y demasiada soberbia no dejaba ningun lugar donde la discrecion é la razon aposentarse podiesen; pero la diferencia que este Balan tenía á los otros gigantes era, que como su madre Madasima fué tal y de tan noble condicion como la historia os lo ha contado, no teniendo de su marido Madanfubul, si este solo fijo nó, trabajó mucho, aunque contra la voluntad de su marido, que era malo é soberbio, de lo criar so la disciplina de un gran sábio que de Grecia trajo, con la crianza del cual, é con la que de su madre tomó, que era muy noble en todas las cosas, salió tan manso é tan discreto, que pocos hombres había mejor razonados que lo él era, ni de tanta verdad. E habido acuerdo, aquellos señores entre sí fallaron que si lo que el Gigante les decia podiese haber efeto, que les sería buen partido é mucho descanso, aunque alguna parte de aquel reino al rey Arábigo le quedase; é respondiéronle que, conociendo el amor é voluntad con que allí había venido, é fablando en aquello que estaba, que antes por él que por otro alguno doblarian sus voluntades á dar asiento con aquel rey.

Donde aquí se puede notar que faltando en las grandes roturas personas que con buena intencion se muevan á poner remedio, vienen y se recrecen muertes, prisiones, robos é otras cosas de infinitos males. Pues oido esto por el Gigante, fabló con el rey Arábigo, é sobre muchos acuerdos é fablas que excusar de decir se deben, así por su prolijidad como por no salir del propósito comenzado, fué acordado que el rey Arábigo

entregase aquella gran cibdad con toda la tierra comarcana que debajo de su señorío estaba, é de las tres insolas de Landas tomase para sí la una mas apartada, que Liconia llamaban, que era á la parte del cierzo, é de allí se llamase rey; é las otras fuesen asimismo con lo otro entregadas, é don Bruneo se llamase rey de Arabia.

Esto fecho é consentido por el sobrino del rey Arábigo, que el reino defendía, como ya oistes, é por todos los mas principales de la cibdad, entregóse todo como señalado estaba, é suelto el rey Arábigo, el cual con harta fatiga é angustia de su corazon se fué por la mar á la insola de Liconia, é don Bruneo fué alzado por rey con mucho placer é grandes alegrías, así de los de su parte como de los contrarios, porque conociendo su bondad é gran esfuerzo, con él esperaban ser muy honrados é defendidos. Acabado esto, como la historia lo ha contado, á poco tiempo que allí descansaron é holgaron con el rey don Bruneo, ordenaron sus batallas, é todas las otras cosas necesarias á su camino, é partieron de allí la via de la villa Califan, que era la mas cercana de donde ellos habían el real tenido; mas los sansones, como supieron que la cibdad de Arabia era tomada, é concertado el rey Arábigo con aquellas gentes, temiendo lo que fué, juntáronse todos, así caballeros como peones, en muy gran número de gentes; que aquel señorío era grande, é las gentes dél muchas é bien armados é sabidores de guerra, como aquellos que siempre habían tenido los señores muy soberbios y escandalosos, que en muchas afrentas les ponian; é cuando así se vieron juntos en tanta cantidad, crecióles los corazones, é con gran soberbia é osadía ordenadas sus haces, llevando por capitanes los mas principales del señorío, salieron al encuentro á sus enemigos antes que á la villa de Califan llegasen, donde los unos é los otros se juntaron, é hobieron una muy cruel é brava batalla, que mucho de ambas las partes fué herida, en la cual pasaron cosas muy extrañas en armas, é muertes de muchos caballeros é de otros hombres; pero lo que allí los caballeros señalados é aquel bravo é valiente gigante hicieron no se podría en ninguna guisa acabar de contar, sino tanto que por sus grandes fechos y esfuerzo de sus bravos corazones fueron los de Sansueña vencidos é destruidos, de tal manera, que los mas dellos quedaron muertos é feridos en el campo, é los otros tan quebrantados, que aun en los logares que fuertes eran no se atrevieron defender; así que, don Cuadragante con todos aquellos señores é las gentes que de la batalla les fincaron, aunque muchos fueron muertos é feridos, se ñorearon el campo, sin fallar defensa ni resistencia alguna. E si la historia no vos cuenta por mas extenso las grandes caballerías é bravos é fuertes fechos que en todas aquestas conquistas é batallas que sobre ganar estos señoríos pasaron, la causa dello es, porque esta historia es de Amadís é los sus grandes fechos, no es razon que los de los otros sean sino casi en suma contados, porque de otra manera, no solamente la escritura, de larga é prolija, daría á los oyentes enojo é fastidio, mas el juicio no podría bastar á cumplir con ambas las partes; así que, con mayor razon se debe cumplir

con la causa principal, que es este esforzado é valiente caballero Amadís, que con las otras que por su respeto á la historia le convino dellas hacer mencion; é por esto no se dirá mas, salvo que vencida esta tan grande é peligrosa batalla, á poco espacio de tiempo fué aquel gran señorío de Sansueña sojuzgado, de manera que los logares flacos de su propia voluntad, no esperando remedio alguno, é los mas fuertes costreñidos por grandes combates, á todos les convino tomar por señor á don Cuadragante.

Mas agora los dejaremos muy contentos é pagados de las vitorias que hobieron, é contarvos ha la historia del rey Lisuarte; que há gran pieza que dél se no hizo mencion.

CAPITULO LII.

Como despues que el rey Lisuarte se tornó desde la insola Firme á su tierra, fué preso por encantamiento, y de lo que sobre ello acaeció.

La historia cuenta que despues que el rey Lisuarte con la reina Brisena, su mujer, partió de la insola Firme al tiempo que dejó casadas sus hijas, é las otras señoras que con ellas casaron, como ya oistes, qu'él se fué derechamente á la su villa de Fenusa, porque era puerto de mar é muy poblada de florestas, en que mucha caza se fallaba, y era logar muy sano é alegre, donde él solía holgar mucho; é como allí fué, luego al comienzo, por dar algun descanso é reposo á su ánimo de los trabajos pasados, dióse á la caza é á las cosas que mas placer le podrian ocurrir, é así pasó algun espacio de tiempo; pero como ya esto le enojase, así como todas las cosas del mundo que hombre mucho sigue lo facen, comenzó á pensar en los tiempos pasados, y en la gran caballería de que su corte bastecida fué, é las grandes aventuras que los sus caballeros pasaban, de que á él redundaba mucha honra é tan gran fama, que por todas las partes del mundo era nombrado y ensalzado su loor fasta el cielo; é como quiera que ya su edad reposo é sosiego le demandase, la voluntad, criada é habituada en lo contrario, de tanto tiempo envejecida, no lo consentia; de manera que, teniendo en la memoria la dulzura de la gloria pasada y el amargura de la no tener ni poder haber al presente, le pusieron en tan gran estrecho de pensamiento, que muchas veces estaba como fuera de todo juicio, no se pudiendo alegrar ni consolar con ninguna cosa que viese; é lo que más á su espíritu agraviaba era tener en su memoria cómo en las batallas é cosas pasadas con Amadís fué su honra tanto menoscabada, y que en voz de todos mas costreñido con necesidad que con virtud dió fin á aquel gran debate. Pues con estos tales pensamientos hobo la tristeza logar de cargar sobre él de tal forma, que este, que era un rey tan poderoso, tan gracioso é tan humano, é tan temido de todos, fué tornado triste, pensativo, retraido, sin querer ver á persona alguna, como por la mayor parte acaece aquellos que con las buenas venturas, sin recibir contraste ni entrevalos que mucho les duejan, pasan sus tiempos, é amollentadas sus fuerzas, no pueden sufrir ni saben resistir los duros é crueles golpes de la adver-

sa fortuna. Este rey tenía por estilo cada mañana, en oyendo misa, de tomar consigo un ballestero, y encima de su caballo, solamente la su muy buena y preciada espada ceñida, irse por la floresta gran pieza, cuidando muy fieramente, é á las veces tirando con la ballesta, é con esto le parecia recibir algun descanso. Pues un día acaeció que seyendo alongado de la villa por la espesura de la floresta, que vió venir una doncella encima de un palafren corriendo á mas andar por entre las matas, é dando voces demandando á Dios ayuda, é como la vió fué contra ella é dijo: «Doncella, ¿qué habeis?—¡Ay señor! dijo ella, por Dios é por merced acorred á una mi hermana que acá dejo con un mal hombre que la forzar quiere.» El Rey hobo della duelo é dijo: «Doncella, guíadme; que yo os seguiré.»

Entonces volvió por el mismo camino por donde allí viniera cuanto el palafren aguijar pudo, é andovieron tanto fasta que el Rey vió cómo entre unas espesas matas un hombre desarmado tenía la doncella por los cabellos, é tirábala reciamente por la derribar, é la doncella daba grandes gritos. El Rey llegó en su caballo dando voces que dejase la doncella, é cuando el hombre cerca de sí lo vió soltóla, é fuyó por entre las mas espesas matas. El Rey siguiólo con el caballo, mas no pudo pasar mucho adelante, con el estorbo de las ramas, é como esto vió, apeóse lo mas presto que pudo, con gran gana de lo tomar por le dar el castigo que tal insulto merecia; que bien cuidó que de su tierra podría ser; é corrió tras él cuanto pudo, llamándole siempre muy cerca, é pasada la espesura de aquel gran monte, falló un prado que descombrado estaba, en el cual vió armado un tendejon donde el hombre tras que él iba á gran priesa fué metido. El Rey llegó á la puerta del tendejon, é vió una dueña, y el hombre que fuía tras ella, como que allí pensaba guarecer. El Rey le dijo: «Dueña, ¿es ese hombre de vuestra compañía?—¿Por qué lo preguntais? dijo ella.—Porque quiero que me lo deis para hacer dél justicia, que si por mí no fuera, forzara acá donde le yo hallé una doncella.» La dueña le dijo: «Señor caballero, entrad é oiré lo que diréis, é si así es como decis, yo os lo daré; que pues yo doncella fui y en mucha estima tuve mi honra, no daria lugar á que otra ninguna deshonorada fuese.» El Rey fué luego contra donde la dueña estaba, é al primer paso que dió cayó en el suelo tan fuera de sentido como si muerto fuese. Entonces llegaron las doncellas que tras él venian, é la dueña con ellas, é con el hombre que allí tenía tomaron al Rey así desacordado como estaba en sus brazos, é salieron otros dos hombres de entre los árboles, que tiraron el tendejon é fuéronse todos á la ribera de la mar, que muy cerca estaba, donde tenían un navío enramado é tan cubierto, que apenas nada dél se parecia; é metiéronse dentro, é pusieron en un lecho al Rey, é comenzaron de navegar. Esto fué tan prestamente fecho é tan encubierto, en tal parte, que persona otra alguna no lo pudo ver ni sentir. El ballestero del Rey, como andaba á pié, no lo pudo seguir, porque el Rey se aquejó mucho por socorrer la doncella; é cuando llegó adonde había el caballo quedado, mucho se maravilló de lo fallar así solo,